

INAUGURACIÓN DEL MUSEO NACIONAL

Quito, mayo 18 / 2018



Queridas amigas y amigos: he esperado este momento desde hace casi tres años.

Gracias Raúl (Pérez Torres, ministro de Cultura) por recordarme, que los demás museos también merecen atención. Como tú dices, la red de museos que tiene la Casa de la Cultura serán debidamente atendidos, no faltaba más.

Decía hace poco que un país sin museo ni biblioteca nacionales es simplemente impresentable. Casi inexistente.

Si mal no recuerdo, Goethe decía que un pueblo que no tiene una historia de tres mil años, está muerto. Pues aquí tenemos una historia de diez mil años. ¡Qué bueno!

¡Qué alegría y qué alivio, poder abrir nuevamente las puertas del Museo Nacional! ¡El mayor centro de la memoria histórica del Ecuador! ¡Y qué bien que sea en esta fecha en que celebramos el Día Internacional de los Museos!

Lamentablemente nuestro Museo Nacional fue cerrado a fines del 2015, para realizar en estas instalaciones el evento internacional *Hábitat III*.

No desconocemos, bajo ninguna circunstancia, la importancia de esta cita mundial. Pero siempre estuvimos en desacuerdo con cerrar las puertas de este monumento de la identidad nacional.

¡Es como clausurar a un pueblo el acceso a su memoria!

En estos dos años y medio, ¡cuántos miles de niños y jóvenes no pudieron acceder a este maravilloso espacio de aprendizaje! Un museo solo se cierra cuando hay conflictos bélicos, catástrofes naturales o sucesos que ponen en peligro la vida de los visitantes o de las piezas históricas.

En el caso de Ecuador y de mi generación, el Museo Nacional, que fuera el original “Museo Arqueológico y Galería de Artes del

Banco Central del Ecuador”, forma parte de nuestra biografía, de nuestra autoestima y de la recuperación de nuestro sentido de pertenencia. Éramos jóvenes bachilleres cuando abrió sus puertas.

Más de cien veces lo he visitado ya, y no niego que la primera vez fuimos con desgano. Sí, obligados un poco por el profesor. Recuerdo que era mi profesor de arte el querido Lenín Oña.

No tenía el país una cultura de museos, porque no tenía el país una historia que superara los cinco siglos. Eso creíamos, al menos. Todo lo anterior a los españoles lo considerábamos simplemente “*incaico*”.

Nunca olvidaré mi primera visita. Las puntas de flecha, las Venus de Valdivia, la botella silbato de Chorrera, los gigantes de Bahía; las vasijas de Panzaleo (de cerámica tan fina) como cáscara de huevo, la sorprendente modernidad de La Tolita, las lanzas silbadoras de los Puruháes, la balsa manteña, las narigueras de oro...

Yo, que había crecido en la Amazonía, que guardaba en mi retina la exuberancia de la selva y la polifonía de las aves, me sentí absolutamente identificado con esa “*cosmovisión*”, como la llamaba Hernán Crespo Toral.

¡Eso habíamos sido! Todo ese mundo creativo, exuberante, polifónico y diverso era mi pasado. ¡De ahí venía yo!

Heredero de una cultura milenaria, salí del edificio de Banco Central seguro de que podía llevarme el mundo por delante. Porque venía de caciques y orfebres gigantes, de navegantes mar adentro...

...que se adentraban muchísimo más allá –como decía Benjamín Carrión–, que aquellos que navegaban en la ‘encerradura’ que era el Mediterráneo.

Ahora que estuve Costa Rica en la transmisión de mando, vi una pieza de concha Spondylus y les dije: miren, hasta acá llegaba la Spondylus. ¿Por qué? Porque éramos grandes navegantes.

Éramos navegantes de mar adentro y éramos inventores de la escultura y del molde. De los que trabajaron por primera vez el platino en el mundo.

Cuando visité por primera vez el Museo de Arte y de Historia Natural, de Nueva York, me topé con una pieza pequeña. Y el momento en que hice más o menos la traducción en mi torpe inglés, vi que era una pieza ecuatoriana. Y ahí describían que el origen y el primer sitio donde se fundió el platino, era Ecuador.

No fui el único. Mis compañeros, mis amigos, mi generación y las que vinieron, descubrimos en ese quinto piso del Banco Central que teníamos raíces fuertes y profundas.

Hoy quiero rendir homenaje a Hernán Crespo Toral. Dicen los que le vieron levantar el Museo, que diseñaba cada pedacito de vitrina, cada letra, acariciando cada pieza como quien pone a un niño en su cuna.

Llevaba el país en la sangre, y nos enseñó que teníamos una “primera historia”. Que habíamos sido grandes y que podíamos volver a serlo, porque ese pasado era nuestra fortaleza y guía. Que teníamos una identidad férrea, y que éramos –además– multidiversos.

Que nuestra tarea era encontrar la unidad en la diversidad, con el orgullo de tener una maravillosa cultura milenaria, enriquecida con un mestizaje que debíamos apreciar. Una diversidad que debemos aprender no a padecerla, sino a disfrutarla.

El Museo del Banco Central nos enseñó a contar la historia por milenios. A valorar nuestras nacionalidades, como auténticas descendientes de un pasado luminoso.

Aprendimos que hay una identidad. Que existe ese orgullo de pertenencia. Que el estudio de la historia nos ayuda a entender el presente, y a manejar con sobriedad el futuro.

Recuerdo cuando estuve en el museo La Albertina, en Viena, una frase muy linda... Ahora que veía un caracol de oro (de las pocas cosas que llegaban no fundidas a España), había llegado ese caracol, que casualmente Alberto Durero lo había visto y lo había dibujado. Y él decía: “Jamás en la vida ojos humanos vieron tanta hermosura”.

Así es como describía Durero la realidad de lo que fueron capaces de hacer nuestros orfebres. ¡E imaginémonos todo lo que se habrá perdido!

La arqueología se volvió una ciencia social, y el estudio de las formaciones económico sociales un planteamiento revolucionario, ante la penetración cultural y los avances de un imperio del consumismo, y la moda de lo “light”.

Hace un momento, viendo la preciosa “custodia de oro”, conversábamos con mi esposa que cuando estuvimos en Riobamba, recién casados, fuimos a visitar el Museo de las Conceptas. Ahí tuve la suerte de ver esa custodia –preciosa, inmensa– que lastimosamente fue robada con una facilidad extraordinaria, que me recuerda un pasaje de la historia del Museo del Louvre, de París.

A principios del siglo pasado un ultranacionalista italiano creyó que había que regresar La Gioconda a su país de origen. Así que

entró al Louvre, cogió La Gioconda y se la llevó a su casa, así de fácil. La tuvo dos o tres años escondida debajo del colchón de su cama, hasta que por fin fue recuperada.

Pero lo singular y la gracia de los franceses, hizo que cuando alguien iba al Louvre decía: “Voy al Louvre, ¿no se te ofrece algo?”.

Asegurar arte es extremadamente caro, imposible de valorar. ¡Hay obras de arte que son imposibles de valorar! ¿Cómo las valoramos, cómo las ponemos un precio? ¿Cómo hacemos que las mismas aseguradoras tengan el cuidado, como para que no vuelvan a cometerse estos atropellos?

Hay que pensarlo bien, porque no podemos dejar que se siga esquilmando el tesoro nacional.

Por eso, cuando volví de Ginebra y encontré que mi libro de historia viviente, que era este Museo, estaba cerrado, sentí que me habían quitado el baúl de mi memoria. Quería ver de nuevo el sol de La Tolita, que no es sol sino casi un panteón de la mitología andina.

A propósito del sol de La Tolita, he ordenado a los orfebres de Cuenca que fabriquen un sol pequeño, que se lo regalo a los distinguidos visitantes que vienen al país, y también cuando visito a personas importantes en el extranjero.

Y les cuento de la historia del “hombre puma”, del “águila arpía” que está disimulada, con solo hacer un giro a la figura del sol de La Tolita. ¡Qué precioso! Y créanme que la gente escucha extasiada.

Así que regresaba de Ginebra y necesitaba saludar a mis Valdivias y Chorreras, como otros buscan la Mona Lisa, o como otros buscan detectar en algún sitio la Venus de Milo.

Un pueblo sin Museo Nacional corre el riesgo de olvidar su historia. Hernán Crespo me contaba que un día un artesano chachi, le dijo *“Un pueblo sin historia, es como una tela de un solo color”*.

Y es cierto. Gracias a esta colección, Ecuador hace tiempo que dejó de hablar de prehistoria, protohistoria e historia, como decían los textos escolares escritos por otros, ajenos a lo nuestro.

La Patria tiene una sola historia, que empieza con los primeros habitantes, hace más de 10.000 años, y que continúa con los que vamos este momento transitando por la vida, orgullosos de ser herederos de Jama-Coaque y Machalilla, de los Cañaris y los Quillasingas.

Hoy tengo el altísimo honor de reabrir las puertas a esa historia, que le demuestra a Ecuador que está llamado a ser una potencia

cultural, como fue la convicción siempre del querido Manuel Benjamín Carrión.

Los tiempos han cambiado. Las investigaciones han enriquecido la información. La museología ha cobrado vuelo. Por ello el Museo Nacional es ahora moderno, con tecnología de punta, con teorías y planteamientos históricos de gran aliento.

¡Bien por el Ministerio de Cultura! ¡Bien por los museólogos, los investigadores y técnicos, que han hecho un estupendo trabajo!

Desde esta noche, viviremos tranquilos. Porque en estas salas podemos probar a nuestros hijos y amigos, que fuimos y somos grandes, que venimos de aldeas, cacicazgos y confederaciones que inventaron la pareja, la cerámica, el telar, la agricultura, la navegación, la orfebrería, la minga, la jocha... Por el solo placer de vivir en paz, de crecer en comunidad y de aprender de los que ya se fueron.

¡Declaro inaugurado el Museo Nacional del Ecuador! ¡Declaro recuperada la memoria de mi gente!

Muchísimas gracias.

LENÍN MORENO GARCÉS

Presidente Constitucional de la República del Ecuador